

Luis Merino Reyes

## Paradojas de una amistad



MARIANO LATORRE había nacido en las luminosas tierras del Maule, balneario de otros tiempos, relámpago de nuestra potencia marítima en años más distantes, cuando los astilleros de Nueva Bilbao sonaban como las expertas fábricas del Viejo Mundo. Después, el autor de *Zurzulita*, estudió humanidades, las finalizó normalmente y en seguida ingresó al Instituto Pedagógico donde se graduó de maestro en la asignatura de castellano. De mozo, mientras se alojaba en una casa de pensión de la calle Vergara, en la capital, lucía una esbelta apostura: ojos claros, cabello rubio, paso ágil y desenfadado. Una muchacha de aquellos tiempos nos lo describía al verlo pasar en dirección a su plantel de estudios. Una noche, mientras bebíamos una copa de vino, en un restaurante céntrico, le recordamos al maestro esta visión admirativa y él, guiado por su memoria prodigiosa, aceptó al instante la verosimilitud de la circunstancia y hasta recordó el nombre de la dama aquella, ligada muy de cerca a nuestra humanidad.

La carrera universitaria y el desempeño de la docencia, le ofrecieron a Mariano Latorre un mundo denso, digno de un friso balzaciano, que no aprovechó. Buscaba el campo y en alguna mesa concurrida, con el rostro emocionado y rojizo por el fuego de la improvisación, le oímos decir que él había querido perfilar a Chile, con sus tierras

lavadas, sus montañas abruptas, sus maderas olorosas, el misterio de sus mares, la sinfonía de sus pájaros. Hubo, pues, una disposición racional y voluntariosa en el ejercicio de su obra de arte. Es posible que para los campesinos innatos, el prosista vernáculo haya parecido, en medio del campo, un visitante, ávido por anotar un dato curioso, la singularidad de una leyenda, el cromatismo inasible del paisaje. Pero este cometido lo cumplió Mariano Latorre con fervor de artífice, con una lealtad tan probada por su oficio, que lo impelía a dejar la actividad más grata, la mesa mejor dispuesta, el rostro femenino más bello, para ir a encerrarse a su biblioteca, a trabajar su prosa o a leer con avidez la literatura vital de cualquier tiempo. Sin embargo, no es nuestro ánimo diseñar en esta crónica ligera algún aspecto literario de Mariano Latorre. Otras plumas más doctas se encargarán de hacerlo.

Nos interesa trazar un paralelo, un contraste, el inevitable contraste de esta semblanza, entre Mariano Latorre y su contradictorio amigo, también novelista de la tierra, Luis Durand. De ahí que recordemos que el autor de *Frontera* vino hasta Santiago, desde más al sur, desde la lluviosa ciudad de Traiguén y que traía un bagaje de conocimientos proporcionados, en forma bárbara, por la Escuela Agrícola de Chillán, en calidad de alumno, y por un primitivo colegio de franciscanos, donde el novelista actuó como bisoño profesor. Arribó Luis Durand a Santiago y vivió, durante algún tiempo, en el límite popular del Parque Cousiño, aquella zona descrita en una media tinta inolvidable por Carlos Sepúlveda Leyton, en su diminuta obra maestra *Hijuna*. En aquellos barrios próximos al Matadero Municipal, transcurrió una parte —acaso la más pintoresca— de su vida, que no dejó descrita en ningún relato. También a Luis Durand le interesaba describir el campo y conversar con él era sumirse en un pozo de anécdotas y consejas, algunas heroicas o teñidas por ese salvajismo de los seres primarios, que despierta la atención, pues hace sentir la realidad de la vida como un don gratuito que en cualquier momento pudiera derrocharse. No siguió estudios programados el autodidacto entusiasta por la cultura que había en Luis Durand; más su autodi-

dactismo no lo enyesó, como sucede a otros personajes, formados por sí solos, con su propio esfuerzo. Por el contrario, le dió una malicia propia de su contextura de huaso, que le permitía hacerse el distraído mientras estaba más atento, o el ciego cuando su pupila inexorable iba recogiendo, como en una película, las características más hondas de quienes lo rodeaban.

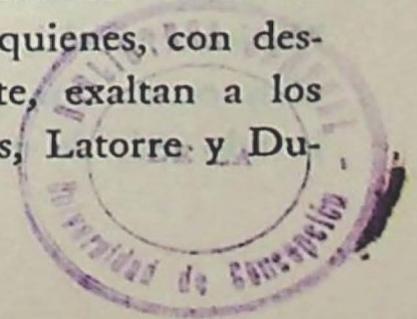
No sabemos en qué momento Mariano Latorre y Luis Durand se encontraron. La fecha precisa ha de constituir un suceso singular para quienes investigan los pormenores de la historia literaria. Es posible que después de la publicación de su primer libro *Tierra de Pellines*, que lleva prólogo de Ricardo A. Latcham, crítico, profesor universitario y amigo de Latorre, Durand se haya aproximado a las tertulias literarias. Antes vagó por las redacciones de los diarios, gordo y miope como Stendhal, y allí conoció y sufrió en sus carnes, la prepotencia de esas mediocridades que se alzan como árbitros de la cultura y el talento. Su vida menos propicia que la de Mariano Latorre, su procedencia de tierras más inhóspitas, sus azarosos estudios secundarios, le otorgaron también una personalidad más recelosa, que puede descubrirse fácilmente en la ambición apasionada de su prosa, desnuda de pulimento, entregada a las prensas, tibia aún por el lirismo de sus fantasmas. Pero los dos amigos se adaptaron a la atmósfera enrarecida de Santiago, que ninguno de los dos quería en lo más recóndito de su fuero íntimo y, caracterizados por una vestimenta elegante y muy personal, vivieron a su manera la primorosa ilusión de la literatura.

Los espectadores atentos que nunca faltan, aquellos que siguen la vida de los hombres de cierta actuación hasta en sus detalles más minúsculos, dieron a la pareja de amigos una relación de maestro a discípulo, que Latorre aceptaba sin marearse; pero que a Luis Durand producía sacudimientos espectaculares de cólera. Eran, en verdad, muy diversos y la construcción barroca, burilada de Latorre, cuyo rasgo emocional está liberado como recurso consciente del artista, es en Durand río desbordado, ímpetu ajeno a la riqueza o a la miseria de sus propios hallazgos. En uno de aquellos ágapes faraónicos organizados hace años por Benedicto Chuaqui, alguien se atrevió a mencionar

en presencia de los numerosos concurrentes, la consabida broma de que Durand era un alumno de Latorre, y no faltó la reacción iracunda, el aflojamiento de unos nervios extremadamente sensibles, tanto que no se habían resignado con su propia realidad y habían determinado el destino de un artista. La reacción contraria, esto es, el desconcierto indignado de Mariano Latorre, pudo advertirla algún cronista al realizar una sinopsis del movimiento literario chileno, negando al maestro del criollismo la jerarquía que él sabía propia y ubicando a Luis Durand como río madre, en lugar de afluente.

No obstante, la cortesía innata del carácter chileno que en el caso directo de los escritores llega a extremos increíbles, pues permite que se saluden con bonhomía quienes en seguida se autopsian con fría crueldad, hizo que Mariano Latorre y Luis Durand fueran amigos en el estricto sentido de la palabra, en ese plano donde la verdadera amistad desvaloriza el detalle mezquino y resta la nobleza de algunos impulsos que tornan digna la vida de los hombres. Evoco, por ejemplo, la mesa de una peña literaria y advierto el rostro agresivo de uno de aquellos héroes ávidos que salen periódicamente a despreciar toda la creación al alcance de sus manos, insinuando las originalidades de sus proezas, y está fijo en mí el ceño contrario de Durand, cuando una salpicadura desdeñosa cayó sobre la obra de Mariano Latorre.

La excesiva presencia de los hombres comunes los hace muchas veces intolerables en el banquete de la vida, es preciso que en un momento determinado nos levantemos y cedamos nuestro sitio; esta presencia se hace todavía más pesada si concierne a los cultores de la literatura o del arte. Los contertulios del banquete son más sensibles. ¡Quién no recuerda los comentarios ácidos que provocó en París la lenta agonía del viejo Víctor Hugo! En nuestra pequeña ínsula también puede haberse apreciado como excesivo el desplazamiento literario de Mariano Latorre y de Luis Durand; surgen valores nuevos, sensibilidades que modelan los mismos asuntos dentro de formas al parecer imprevistas y originales. Entonces no faltan quienes, con desconocimiento de los jalones imprescindibles del arte, exaltan a los nuevos, en desmedro de los antiguos. En estos casos, Latorre y Du-



rand formaban, sin decirlo, una trinchera, un alto que estaba respaldado por el esfuerzo de una obra impuesta a despecho de incompreensiones y sarcasmos.

Más próximos a esta actitud muy explicable, surgían los pormenores cotidianos, los comentarios picarescos que un criollista hacía del otro y que iban y volvían por la aldea resonante que es nuestra capital, llevados por los mensajeros y los tábanos de las personalidades creadoras. Una tarde, Mariano Latorre, Luis Durand y Ramón Valenzuela se encontrarían en una casona de campo y alguien preguntó por la clase de madera de un árbol que se erguía, delgado y vigoroso, en la huerta. Latorre se habría aproximado y golpeando el tronco con los nudillos, daría la precisa nomenclatura botánica, pero según Durand el árbol aquel no era más que un trozo de cañón de agua potable. La anécdota trivial, cierta o falsa, prueba una rivalidad latente entre los dos maestros del criollismo. Esta competencia salía, para bien de su recuerdo humano, de los límites puramente literarios y se entrometía en las posibilidades afectivas de estos dos hombres. Los dos amigos ponían en práctica en sus vidas corrientes, el aforismo nietzscheano de que las mujeres son el juego más peligroso y en ese aspecto sí que recelaban de sus triunfos con voracidad golosa.

Una mañana de invierno llegué a la casa de Luis Durand, invitado a almorzar, y contemplé la renacentista escena en que estos dos amigos, vencedores ya de la línea ecuatorial de la madurez, cotejaban las fotografías de sus sueños. Después Latorre quiso sentarse en una de las sillas de Viena del escritorio de Durand, pero resbaló y cayó al suelo. Se levantó, no obstante, con bella dignidad, como el señor de La Mancha después de sus corvetas y sus ojillos azules apenas atisbaron, ocultos por su característico parpadeo, al socarrón dueño de casa, como si lo encontraran capaz de haber escogido para el visitante, una silla con la pata coja.

No se encontraba ausente de esta rivalidad el suceso del Premio Nacional de Literatura, que para Luis Durand se renovaba todos los años como una pasión con sudores de sangre. Mariano Latorre fué jurado más de una vez de este veredicto. En cierta oportunidad, hici-

mos una gestión ante él en nombre de un alto personero del gobierno. Encontramos al novelista en el vestíbulo de su casa, junto a los leños de una crepitante chimenea. Al imponerse de la causa de nuestra visita, expresó seriamente su acogida favorable; pero señaló que antes de Luis Durand estaba en la lista de candidatos al premio el escritor Fernando Santiván. La deliberación de la recompensa, efectuada en casa de Mariano Latorre, otorgó el galardón al poeta Angel Cruchaga Santa María por quien luchó, con todos los medios a su alcance, otro de los miembros del jurado. Una vez discernido el premio, Latorre que convalecía de una neumonía, dijo sonriendo:

“—Y pensar que el pobre gordo Durand me trajo penicilina”.

Habrà de suponerse la congoja que tuvo el damnificado por este veredicto; pero al poco tiempo Latorre llamó a su camarada por teléfono y Luis Durand refería el hecho iluminado por una visible satisfacción. Así pasó la vida de ambos, en medio de goces epicúreos y sometidos a la disciplina del trabajo. Recién fallecido Luis Durand, encontramos a Mariano Latorre en la puerta de la Casa Central de la Universidad; le acompañaban el escritor peruano Luis-Alberto Sánchez y Manuel Vega. El novelista expresó su pesar en voz alta por la muerte de su compañero; no obstante después no se hizo presente en los homenajes que se realizaron en su honor. Acaso intuía que ambos iban a encontrarse pronto en un recodo brumoso del camino.

Pormenores son todos estos que sólo dan relieve a la presencia corporal de dos amigos que ahora no existen o que perduran inmobilizados en la página delgada de unos cuantos libros, fundamentos de nuestra literatura, para cuya reciedumbre vivieron, sin olvidar los atributos de una generosa condición humana.